



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10235

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 13 DE DICIEMBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ALTA NOVEDAD DE PARIS

Llegará el próximo lunes Mme. De vauz, modista de sombreros de París, con grandes surtidos para señoras y niños.

DOMICILIO: FONDA DE RAMOS
Su estancia será solo por 3 días.

Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para tra siegos.—Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al viticultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palas, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagenotas.

INSTALACION DE RIEGOS
C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

Desde Madrid.

Sr. Director.

Muy señor mío: ¿Qué voy á decir á V. de la manifestación que no les hayan dicho ya los periódicos, que hasta cuentan que Frasuelo fue vitoreado por los estudiantes, y que un carbonero pronunció un discurso desde la fuente de la alcachofa? Nada; que la manifestación, que vienen sosteniendo hace quince días que no tiene carácter político, tiene que dar por resultado, según afirman los mismos periódicos que sostienen esto, que caiga el gobierno inmediatamente. Me recuerda esta teoría la gramática francesa de Ollendorff, cuando dice:

—¿Tiene V. el libro de mi padre?

—No señor, pero mi tía tiene medias azules.

El señor marqués de Cabriñana, lleno de plausible rectitud, acude á los tribunales y los manifestantes indican que los tribunales no les merecen confianza, de forma,

que siguiendo la lógica de la manifestación, D. Federico Ortiz debería pasar á la presidencia del Supremo.

¿Qué cosa más chocante que Sagasta y Salmerón y Vega Armijo y todos los partidos de oposición se manifesten en la calle para desear que el gobierno conservador caiga!

Lo que decía aquel señor cesante de consumos. ¿Ha visto V. qué cosa más rara? He dejado las botellas debajo de la cama y se las han comido los ratones.

—Hombre, no—le dijo su amigo,—lo raro hubiera sido que las botellas se hubieran comido á los ratones.

Venga la moralidad en el Ayuntamiento, y ojalá sean ahora Sagasta y sus amigos mas felices que cuando lo de la corte celestial.

Y dejemos de ocuparnos de cuestiones políticas pequeñas, que por mas que se agrandan, siempre serán raquíticas, y pensemos en la guerra de Cuba.

Por la prensa de los días pasados, habrá V. visto que desde el día en que el señor marqués de Cabriñana comenzó sus denuncias, la guerra de Cuba quedó para la mayoría de los madrileños relegada á un segundo término; la fiebre del escándalo se apoderó de los cerebros, y todas las plumas se emplearon en hacer censuras, ó atenuar responsabilidades. Felizmente las gentes se van cansando de oír y leer siempre lo mismo, y la reacción se abre camino impulsada por ideales más sanos y más patrióticos.

Es verdaderamente hermoso ver el entusiasmo con que nuestros hermanos de la Gran Antilla han recibido las fuerzas que van á luchar por la integridad de nuestro territorio y las glorias que como patrimonio nos legaron nuestros abuelos; todas las clases sociales se han disputado el honor de saludar y agasajar al soldado, y todas las corporaciones han enviado representantes con el mismo fin.

Parece increíble el esfuerzo realizado por nuestra querida España en tan corto espacio de tiempo; y no somos nosotros los españoles los más admirados, ni los que nos hacemos justicia, en esto como en muchas cosas, tenemos que esperar que el secreto se nos descubra al otro lado de la frontera, la prensa alemana, no solo la política, sino la profesional, ha publicado largos artículos delicados al estudio de la campaña de Cuba, y en todos ellos se hacen elogios del orden y prontitud con que hemos trasladado al otro lado del Océano, el mayor ejército que ha cruzado los mares, sin que el país haya sido castigado con impuestos, y sin que nuestra prensa haya echado al vuelo las campanas por el resultado obtenido. Aquí, donde llenamos cuartillas que suponen muchas resmas para elogiar la gestión de un diputado ó para celebrar la toilette de una dama, apenas si se han consagrado unas cuantas líneas para hacer justicia á nuestra brillantísima marina mercante. Casi nadie para mientras en cómo pasaron el mar nuestros soldados; casi nadie ha celebrado á esos modestos oficiales de la Transatlántica que hicieron y están haciendo más por el éxito de la campaña de lo que las gentes creen, y sobre todo, de lo que se les reconoce.

Lean los que no lo saben esa prensa alemana á que aludimos mas arriba, y allí encontrarán subsanada la injusticia que por indiferencia cometemos.

En cuanto á las operaciones de la guerra, poco puede añadirse á lo sabido; sigue habiendo encuentros gloriosísimos para nuestras armas, pero sin gran resultado práctico, y siguen (y esto es lo lamentable) luchando en todos los encuentros con fuerzas muy superiores en número. ¿Cuándo acabará esta anomalía? Hoy mismo nos dice el telégrafo que cien hombres al mando de los capitanes señores Meleáz y Miguel trabarpan combate con una partida insurrecta fuerte, de mil hombres, á la que causaron grandes pérdidas, pero teniendo que retirarse al ingenio de San Lino, teniendo seis muertos y siete heridos.

Estos rasgos de valor, son hermosísimos, pero debiera procurarse se fueran acompañados de otro resultado, y para ello es preciso que nuestras columnas no se vean obligadas á luchar siempre con fuerzas tan superiores.

A esto me contestarán que los insurrectos no se baten si no creen seguro el triunfo; yo diría que hay medios de acosar al enemigo cuando, como ahora no escasean las fuerzas.

La política extranjera apenas si ofrece novedades desde mi última correspondencia; la prensa francesa parece que inaugura una campaña en contra del presidente Mr. Faure, y por si la gestión presidencial les ofrece poco campo á su voracidad, procuran penetrar su vida privada, relatando misterios y secretos de familia que el «Figaro» explica de un modo satisfactorio para el presidente. En esta oposición que comienza, aun no se conoce la verdadera tía Javiera, pues mientras los moderados culpan de ello á los radicales, estos la atribuyen á los oportunistas, y otros elementos creen que viene de ambos bandos.

La cuestión de Oriente no avanza un paso, la prensa austriaca publica una nota oficiosa declarando que Rusia no se separa en nada del acuerdo de las potencias en la cuestión relativa al aumento de las fuerzas navales en los Dardanelos, y encargando á su agente diplomático procure no herir la susceptibilidad del sultán. En resumen: todos tienen miedo á provocar un conflicto que dé en tierra con el imperio turco, y plantee de una vez la guerra europea. El sul-

tan por otro lado teme que los subditos rebeldes se envalentonen y hagan con su trono lo que no se atreven á hacer las potencias y yo creo que el miedo de todos sostendrá el imperio turco y solo caerá el gabinete.

Los italianos están alarmados por las noticias de Abisinia, donde han vuelto á sufrir una terrible derrota que les hará conocer lo difícil que resulta hacer conquistas cuando se tiene enfrente un ejército aguerrido, mandado por un hombre como Menelik.

Y para terminar diré á Vds. que apesar de nuestros cabriñaneos y nuestros dolores en Cuba, Madrid llena los teatros y sobre todo, los teatros por horas, que son los que hacen el *caldito gordo*. Y es natural, en una época en la que no viajamos en tren correo y le llamamos el «tren carreta», en la que el gas es despreciado porque tarda en encenderse; en la que los vehículos tirados por fuerza animal no nos resultan—que se dice ahora—é inventamos la bicicleta y la aprobamos porque su marcha es expuesta, ligera y nerviosa; en esta época, repito, no puede cuajar nada que no sea peligroso, ligero y neurótico.

El chiste verde, saltado con pocas palabras, el argumento disparado como un tiro de *mausser*, los tipos extraídos del «azar de la vida», y las cómicas con buenas pantorrillas; tienen que resultar.

¿Quién se oye, con paciencia un drama espeluznante en seis actos y veinte cuadros, cuando puede uno ver cuatro picecillas sueltas que nos divierten y no nos fatigan con su pesadez?... Nada, que si á mí me lo permitieran, llamaría al siglo XIX el siglo de las lúces, y á su final «la época del soplo» (en la mas lata acepción de la palabra).
De V. affmo. y atento s. s.

q. b. s. m.
García Fernández.

310 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGEN

ERNESTO MALTRAVERS.

311

—Así es la verdad; y qué atenciones tiene con ella el cierto banquero.

—H... h... h...! sí, está enteramente paternal, en terreno paternal!

—Quien sabe si querrá volver á casarse! él habla continuamente de la sanidad del matrimonio. El matrimonio puede ser santo, en efecto; pero su difunta madre, aquella buena señora, no lo hacía agradable.

—Eso podía consistir en muchas cosas, según mi modo de conjeturar, dijo el eclesiástico con aire misterioso. Yo no quisiera faltar á la verdad, pero...

—Oh! nuestro hombre grande no era en su juventud, á lo que yo imagino, tan arreglado como es ahora.

—Algo he oído murmurar acerca de eso mismo; con todo, nunca se ha sabido nada de positivo.

—Hum! eso es muy extraño!

—Qué es lo que os parece extraño?

—Qué...? pero es un secreto. Puedo asegurar que en él no hay nada de malo.

—Bah...! yo no diré ni una palabra... Vais á la catedral? No quiero deteneros más tiempo, iremos juntos; ahora podéis continuar.

—Pues bien; ayer tuve que ir á una aldea que dista veinte millas de aquí, para cumplir con algunos deberes de mi estado, en donde me quedé á comer.

Después, mientras mi caballo tomaba un pienso, fui á pasearme á la pradera y vi un caballero sigilosamente embozado en su capa, con el sombrero muy calado, que estaba en la puerta de una cabaña. Tenía en los brazos un niño que besaba con mucha ternura, con más ternura de la que se acostumbra demostrar cuando se acarician niñas ajenas, aunque sea por la mejor persona del mundo. Seguidamente entregó la criatura á una aldeana, volví á montar en su caballo, que estaba atado junto á la puerta, y pasó muy inmediato á mí: advertí quien era.

—No puedo advertirle; Decidid pronto, ó pierdo la paciencia.

—Pues no era otro más que nuestro santo banquero! Yo le saludé y os protesto, señora, que se puso tan colorado como esas estizas que traeis.

—Bondad divina...! es posible?

—Seguí mi paseo hacia la cabaña; y luego que le perdí de vista, pedí un vaso de agua y vi la criatura. Confieso, sin querer faltar á la verdad juzgando mal de mi prójimo, confieso que se parecía horrorosamente... Sabéis á quien?

—Cielo piadoso! no penséis acabar...?

—Pregunté á la aldeana si era suya la criatura; respondió lacónicamente no, y parecía dispuesta á no hablar.

314 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

tomar el té. Llevan vestidos blancos de muselina con corpiños verdes un poco usados, y sombreros de paja con velos de gasa verde, ó color de hoja seca. De dos en dos, de tres en tres, se iban escurriendo por las puertas de unas casitas muy pequeñas, con sus callejitas cubiertas de césped y sus pequeñas palizadas. Puertas, casas, calles, palizadas, todo está calcado en un mismo modelo.

Una vaca seguida de una lechera había atravesado por la calle; dos mancebos de tienda habían salido con la esperanza de encontrarse alguna hermosa, y se habían vuelto desesperados á sus casas. El día iba declinando pero lentamente; todavía había bastante claridad, aunque ya estaban visibles dos ó tres estrellas. En una ventana abierta, de una de estas habitaciones uniformes estaba sentada Alicia Darril. Había tomado su labor lindo pretexto de que se valen las mujeres cuando quieren pensar; y á medida que los pensamientos ocupaban su mente y se aproximaba la noche, había dejado caer su labor sobre sus rodillas, descansando en ellas con las preciosas manos que aun la sujetaban. Su perfil estaba vuelto hacia la calle y sus ojos, sin que ella cambiara de actitud, ni moviera la cabeza, se dirigían de cuando en cuando á su hija pequeñita, que estaba acurrucada á su lado, anudada de jugar y extrahando mucho, tal vez, que